

Clemens J. Setz

Bot

Una conversación sin autor
Traducción de Virginia Maza

H&O Editorial



H&O

This book has received a translation grant from:

Republic of Austria
Federal Ministry
Housing, Arts, Culture,
Media and Sport

Título original: *Bot*

Primera edición: septiembre de 2025

© De los textos: Suhrkamp Verlag GmbH, Berlin, 2018

© De la traducción: Virginia Maza, 2025

© De esta edición: H&O Editorial, 2025

www.ho-editorial.com

Imágenes de cubierta y faja: Alamy

Diseño: Silvio García-Aguirre López-Gay

Maquetación: Fotocomposición gama, sl

Corrección: Guillermo Pérez Ortiz

Impresión: Arcángel Maggio

ISBN: 979-13-879140-0-4

Depósito legal: B 16433-2025

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

No se permite el uso de este libro para el entrenamiento de ningún tipo de Inteligencia Artificial.

¿Hay algo que parece hermoso? Wittgenstein: ¿Querrá decir que le suena? Si las cosas no suenan, saque el chasquador del bolsillo y tóquelo.

JOHN CAGE, *Diario*

H&O Editorial

H&O Editorial

PRÓLOGO

En 1950 Alan Turing propuso una prueba para medir la inteligencia artificial. En ella, el interrogador se comunica por escrito con un interlocutor, que puede ser, o bien un ordenador, o bien otra persona. De acuerdo con Turing, si al interrogador le parecen inteligentes las respuestas que recibe, también habrá que considerar inteligente a la fuente de estas respuestas, sin importar los medios por los que haya dado con ellas. Al fin y al cabo, tampoco tenemos del todo claro cómo llegan a sus respuestas nuestros congéneres. El escritor estadounidense de ciencia ficción Philip K. Dick parodió la prueba de Turing en su célebre novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, adaptada al cine como *Blade Runner*. En el libro, se distingue a los replicantes de los seres humanos mediante la prueba de Voigt-Kampff, aunque en este caso el test no se ocupa de medir la inteligencia, sino la empatía.

En el año 2005 esto inspiró a un equipo de investigación estadounidense la idea de crear un robot que fuera una copia de Philip K. Dick (fallecido en 1985). El androide no solo debía recrear el aspecto de su modelo, también tenía que ser un robot inteligente, con capacidad de habla, y tenía que comportarse como lo haría el auténtico Philip K. Dick. Para conseguirlo, se recopiló toda la producción lingüística conocida del escritor (novelas, relatos, grabaciones, diarios y entrevistas). Por suerte, K. Dick fue un autor prolífico que escribió decenas

de miles de páginas. Hace unos años, incluso se publicó una colección completa de sus reflexiones de carácter religioso y filosófico titulada *La exégesis de Philip K. Dick*, una obra extraña y única en su especie. Todos esos registros de datos de texto se alojaron en un servidor ubicado en la ciudad estadounidense de Memphis, Tennessee, y fueron vinculados con un software desarrollado por el programador Andrew Olney. Finalmente, el software se instaló en la cabeza del androide, modelada por el experto en robótica David Hanson (antes este experto había construido robots de su novia y de su hijo). En cuanto «Phil» estuvo terminado, le presentaron a Isa, la hija de Philip K. Dick. Phil la recibió sentado en un sofá. Cuando Isa le hizo una pregunta, Phil le respondió de forma perfectamente coherente aludiendo a un episodio de su vida en familia. Isa quedó estupefacta.

Sin embargo, no siempre era sencillo mantener una conversación con Phil. A menudo desbarraba sin parar durante horas. En una convención de ciencia ficción en la que debía intervenir el androide, Olney no consiguió vaciar a tiempo su memoria y esta se enredó en un bucle infinito. Con Phil generando una verborrea incontenible, Olney optó por una solución de emergencia: apagar el altavoz del que salía la voz del robot y dejar que Phil siguiera hablando *mentalmente* (solo se le movían los labios, accionados por motores de precisión) cuando era el turno de plantearle alguna pregunta desde el público. Una vez formulada la pregunta, Olney encendía de nuevo el altavoz y volvía a sonar el monólogo, que continuaba respondiendo a la pregunta anterior. Lo más curioso fue que, al cabo de un rato, preguntas y respuestas acabaron por corresponderse. Ningún asistente advirtió el error. Para la mayoría, las conversaciones tenían toda la lógica. Visto de esta manera, parece que superar la prueba de Turing no solo es una

cuestión de inteligencia, sino también de estilo, de cómo sue-
ne. En diciembre de 2005, David Hanson perdió la cabeza
del androide en un vuelo con rumbo a una presentación en la
sede de Google. La cabeza no ha vuelto a aparecer.

El destino de esa cabeza robótica me impactó. Entre otras
cosas, su cercanía temática con las tramas de las novelas de
Philip K. Dick, en las que siempre hay seres artificiales de al-
gún tipo que luchan por conseguir una vida autónoma, me
llevó a verlo como un triunfo monstruoso que, aunque de
forma vaga y apenas articulable, deseaba también para mí.

Años después leí el extravagante *Yo soy un extraño bucle*, en
el que Douglas Hofstadter expone la teoría de que el cerebro
de una persona muerta se puede reproducir en el de quienes
la conocieron en vida, convertido en una especie de progra-
ma. En especial, en el caso de las parejas sentimentales, los
años en común y la imitación inconsciente de quien se tiene
delante desarrollarían la capacidad de predecir los procesos
mentales del otro hasta el punto de que el difunto seguiría
efectivamente vivo en su compañero. De esta manera, todo
ser humano deposita copias de seguridad parciales de su cere-
bro en la cabeza de los demás.

En Inglaterra se dio a conocer el caso de unos gemelos que
lo hacían todo juntos, y a la vez. Incluso llegaban a hablar a
coro, con tan solo un levísimo retardo por una de las dos par-
tes. También respondían a preguntas inesperadas casi siempre
en el mismo instante y con las mismas palabras exactas. En
una ocasión en que un camionero los denunció por acoso, los
hermanos exclamaron al unísono: «*The bucking fastard is
lying!*». Los dos tuvieron el mismo lapsus y los dos al mismo
tiempo.

Todo esto me reafirmó en la idea de que a mí también po-
drían reconstruirme un día a partir del material que dejara al

morir. En realidad, no puede ser muy complicado. A finales de 2016, la editorial Suhrkamp me propuso elaborar un volumen de conversaciones con la editora Angelika Klammer, que ya había preparado extensas entrevistas con otros autores. Cuando nos reunimos, sin embargo, no tardó en quedar claro que mis respuestas no daban para mucho. Imagínense a alguien hablando de lo primero que se le pasa por la cabeza a lo largo de páginas y más páginas. Así era. Para todo hace falta saber, también para la narración oral. Por mucho afán que le pusiera, al final siempre acababa todo en un «bueno, cuando escribo intento hacer algo que pueda interesarle al lector, que le interese como sea, porque, si no interesa, la verdad es que no es muy interesante...», etcétera.

La entrevistadora empezó a plantearse si no convendría abandonar el proyecto. Aun así, seguimos en el empeño sin resultados hasta que se nos ocurrió una idea: ¿y si, en lugar de recoger, reunir y elaborar con tanto esfuerzo testimonios orales míos, recurriáramos a mis diarios? Están recopilados en un archivo de Word largo hasta el hartazgo y vendrían a ser como un alma de almacenamiento externo. Desde hace años, registro en ese documento todo lo que aprendo y observo, hallazgos y *rants*, apuntes de viaje y necrologías de animales, incluso hay espacio para fotografías curiosas y poemas. Angelika Klammer trató de imaginar cómo sería el resultado si renunciaba a charlar con un autor incapaz de hacer otra cosa que parlotear y acudía con sus preguntas a ese archivo, planteaba otras nuevas a partir de las respuestas que encontrara y así sucesivamente, igual que si el archivo de Word fuera un interlocutor vivo. Tomada la decisión, preparó varias preguntas y buscó respuestas en el fichero. Para que ninguna inteligencia humana alterase los resultados, se hicieron búsquedas de texto completo de determinadas palabras presentes en la pregunta o

de términos de significado afín. En otros casos, sencillamente se desplazaba el cursor al azar por una página cualquiera.

Es bien sabido que, salvo en contadas excepciones, publicar los diarios y cuadernos de alguien en vida es un acto de vanidad difícilmente defendible. Por suerte, no pensábamos en un libro de ese tipo, sino en uno, en cierto sentido, póstumo. El autor en sí no está, y es su obra la que ocupa su lugar: lo reemplaza una especie de bot Clemens J. Setz, compuesto por los apuntes de su diario. Quizá, alojado en su rudimentaria máquina de IA, ese bot siga vivo.

H&O Editorial

H&O Editorial

DÍA 1

Al llegar a una ciudad desconocida, le gusta ir directamente a una farmacia, ¿por qué razón?

Viernes por la tarde en Viena. En la farmacia pienso en arrancarme el botón de la manga del abrigo, que está algo suelto, y lanzarlo al escote de la dependienta, como si echara una moneda por la ranura de una máquina expendedora; podría ser el hechizo de sanación que necesito contra el dolor de garganta. Voy de camino a la estación de tren y hay nieve suspendida en el aire. Se lanzan muy pocos botones. Antes los hombres llevaban condecoraciones colgadas del pecho para este propósito. Una hoja de periódico suelta vuela por la calle; a ratos bate con fuerza el muro de alguna casa y a ratos se encoge y ondula como una mantarraya. — Las pastillas para la garganta acaban convertidas en lentes de contacto si se mantienen mucho tiempo en la boca.

(Primeros días de diciembre de 2016)

¿Qué diferencia una farmacia cautivadora de una insulsa?

En Dresde veo a un hombre con un bastón con la empuñadura de plata en la mano izquierda (apenas roza el suelo con él al caminar) y una bombona de oxígeno con ruedas en la derecha. Pasa por la calle de esa guisa.

En el escaparate de una librería de lance hay un libro: *Breve introducción a la amistad con un globo terráqueo*, del capitán

Alfred E. Schmidt, editorial de Dietrich Reimer, año 1939.
Puerta con puerta está la farmacia; bonita combinación, han
pensado en mí. Aunque es una lástima que no haya bombonas
de oxígeno en el escaparate. La ciudad no rima del todo.
(6 de marzo de 2013)

El truco de la farmacia lo tomó prestado de Tucholsky. ¿Qué más se puede aprender de la literatura?

Mi amiga Wolfseule ha tuiteado el título de un poemario: *Soy un agricultor y mi bancal está en llamas*. Dan ganas de recoger el guante y seguir componiendo:

«Soy un Vaticano y mi papa está en llamas».

Con el bochorno del *föhn* que ha vuelto a caer sobre el país es como si el sol brillara desde todas las direcciones, a veces incluso parece que salga del suelo, igual que estar al lado de un montón de fotocopadoras con la tapa abierta y la lámpara deambulando de arriba abajo sin parar bajo el cristal. En algún lugar de esta ciudad hay una esfera rodando, rueda por debajo de casas y jardines: es una esfera ancestral que apenas roza nunca en ninguna parte. Una anciana se ha detenido de pronto en mitad de la calle y, aunque no había nada, ha dado media vuelta sin aliento, llevándose una mano a la boca. Once grados, el tiempo corre vidrioso. En los senos frontales fluye luz eléctrica. Dolor de cabeza alpino de azul ozono. Unos cuantos pájaros se llaman en el patio: habían perdido algo y no lo encontraban. Me parece que mi reloj de pulsera da mal la hora, pero cada vez que lo miro está bien. Hoy se puede sentir el núcleo de la Tierra. Lo noto incluso al beber agua de un vaso, ahí, muy por debajo de mí.

«Soy una tienda de discos y mi jazz está en llamas».

Estrechar la mano de alguien en la oscuridad más absoluta. El momento en que en la peluquería te enseñan tu propia

nuca con un espejito de mano, como si fuera un planeta vecino.

«Soy un calendario y mi mayo está en llamas».

«Soy un dentista y mis pósteres de esquí que cuelgan de todas las paredes sin dejar ninguna vacía están en llamas».

12/12, viaje a Fráncfort. «Los titulares de una BahnCard viajan sin emisiones de CO₂ en todos los trenes ICE, IC/EC dentro del territorio de Alemania». — A esta misma hora, el Ejército sirio está tomando la ciudad de Alepo. Decenas de miles de personas atrapadas en su interior; hay familias que cuentan por Twitter que saben que van a morir juntas. Ejecuciones multitudinarias en plena calle. — Un niño mofletudo y rubicundo como un angelote hinca las uñas en un globo con el que ha subido al tren. No estalla hasta llegar a Núremberg.

«Soy un Salzburgo y mi Mönchsberg está en llamas».

Fuera, la luna se deslizaba lenta como una máquina quitanieves.

«Soy un dinero y mi poder adquisitivo está en llamas».

Ahora hiela todas las noches y el campo de fútbol está lleno de escarcha. No te des esos aires de nevado, le digo al pasar por delante. Su respuesta es un montón de cuervos.

«Soy una iglesia y mi coro está en llamas».

Mientras él hablaba por teléfono con su hija, la amante, que estaba constipada, recorrió todas las habitaciones para marcar el territorio con toses.

Qué bien me sienta la primera estrella del cielo vespertino en la frente.

«Soy una Biblia luterana y mi Job está en llamas».

La mujer sacó un balde de hojalata de debajo de una mesa, pero sonó como si fuera una persona dándose la vuelta en una bañera.

«Soy una Wolfseule y mi chispa tuitera está en llamas».

(Diciembre de 2016)

Según dice en su novela *La hora entre mujer y guitarra*, perseguir a alguien no es tan fácil como hacen creer en las películas. ¿En qué más nos engaña el arte?

El gótico, esa maravillosa mutación del periodo cálido medieval. Como si en aquella época el mundo entero estuviera pidiendo prótesis y, por fin, le concedieran el deseo. Cometido: aprender a ver las iglesias antiguas como las estaciones espaciales que son en realidad. Las imágenes de santos distraen la atención, engañan y embaucan. Olvida el arte y repara en la artesanía. Puede que en ella se escondan, como hoy día en Internet, propuestas sensatas para el trazado de pistas de aterrizaje alienígenas.

(Septiembre de 2017)

¿Qué parajes le resultan más atractivos? ¿Los *terrains vagues*?

El fuerte olor a bosque justo detrás de la pista de rodaje de los aviones. De un chillón áspero en la garganta. Imagen: tener alergia a una planta que se extinguió hace siglos. El recuerdo de la mecedora de casa; cuando la veo en sueños, siempre es un barquín. Un corazoncito, sanísimo como una dinamo de bicicleta recién comprada, late con trinos de pájaro en el interior de un árbol. Al lado, torres de control y terminales de llegadas, borrosas en el aire saturado. Es la temperatura ambiente exacta a la que la madera del porche comienza a oler en verano. Un pensamiento extraño al pasar por delante de un árbol escualido y retorcido, junto a las terminales: «Ahí está, el árbol de los sin cuello».

(Agosto de 2013)